

Reseña

José Luis de Diego (dir.) *¿A qué llamamos literatura? Todas las preguntas y algunas respuestas.* En coautoría con Virginia Bonatto, Malena Botto y Valeria Sager. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2024. 464 pp.

Iván Suasnábar¹

Como el propio de José Luis de Diego se encarga de señalar en el “Prólogo”, *¿A qué llamamos literatura? Todas las preguntas y algunas respuestas* es el resultado de la conversión en libro de lo que fueron, en su origen, una serie de “módulos temáticos escritos” (11) subidos al campus virtual de la FaHCE-UNLP como parte de una estrategia docente implementada durante la restricción sanitaria de 2020 desde la cátedra de “Introducción a la literatura”, materia de primer año de la carrera de Letras. Una operación que supuso un doble pasaje: de la clase oral a la escritura de las clases y de allí al formato libro; un desafío para nada menor, dado que requería ampliar el universo posible de lectores, aunque sin perder de vista la rigurosidad del saber académico. Organizado en torno a siete grandes preguntas, *¿A qué llamamos literatura?* se presenta, entonces, como un “libro de divulgación”: un texto que acerca a lectores no especializados un conjunto de herramientas que ayudan a “pensar y ordenar las experiencias de lectura”

¹ **Iván Suasnábar** es Licenciado en Letras por la Universidad Nacional de La Plata. Actualmente, se desempeña como Becario Doctoral del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS). Estudia las relaciones entre crítica literaria, periodismo cultural y redes editoriales en suplementos culturales de la prensa periódica argentina durante la primera década del siglo XXI. Integra el programa de investigación “Publicaciones periódicas y literatura” (PPLit/IdIHCS) y es colaborador del Centro de Estudios y Políticas Públicas del Libro (CEPPL) de la Universidad Nacional de San Martín.

(12) mediante una prosa fluida, libre de notas al pie y cuyo sostén principal descansa, sobre todo, en la exposición razonada de argumentos.

“Un libro sobre literatura debería comenzar por su definición” (15), se afirma al comienzo de “¿A qué llamamos literatura?”, el primer capítulo del libro. En efecto, este apartado inicial recoge la pregunta que da título al volumen y propone una aproximación a partir de tres “asedios” teóricos: la “teoría de la ficcionalidad”, la “teoría del extrañamiento” y la “teoría del desvío”. Si la primera centra su atención en la invención de “mundos ficcionales” –e implica revisar las nociones de “verosímil” y de “pacto de verosimilitud”–, la herencia del formalismo ruso es evidente en el segundo enfoque: “rarificación” y “desautomatización de la percepción” son términos que dan cuenta de los modos en que la literatura pone de manifiesto procesos de singularización. Algo similar a lo que ocurre con la “teoría del desvío”, deudora de la anterior y que, a través del enfoque lingüístico de Roman Jakobson, define a la literatura por el uso especial que hace de la lengua.

El segundo capítulo, “¿Cómo clasificamos las obras literarias?”, está dedicado a una noción ciertamente compleja y problemática: los “géneros literarios”. Una historia repleta de “atribuciones y malentendidos” (70) que se reseña de modo pormenorizado en la primera parte del capítulo –de Platón y Aristóteles a la “tradicción normativa” de los siglos XV-XVII; de la emergencia del Romanticismo y más tarde de las “visiones positivistas” y “antipositivistas” de los siglos XVIII-XIX a la consolidación de la “cultura de masas” durante el siglo XX– para luego dar paso a un “estudio de caso”: el teatro. En esta última parte, la revisión teórica de nociones como “mímesis” y “catarsis” jalona un abordaje del género que hace foco en la emergencia del teatro “naturalista”, por un lado, y en la crítica radical a la idea de representación mimética –y la consiguiente búsqueda de un “efecto de distanciamiento”– operada por el teatro de vanguardia de Bertolt Brecht.

“¿De qué modo la literatura representa otros mundos posibles?” es el título del tercer capítulo del libro, que se ocupa de desentrañar, en primer

lugar, los modos en que las estéticas realistas construyeron un “nuevo verosímil para la representación literaria” (117), en oposición al “verosímil romántico”, pero también respecto de modos de representación anteriores. Para ello, se retoma nuevamente la idea de “mímesis”, aunque esta vez para pensar la relación entre “literatura” y “realidad”. Roland Barthes, Eric Auerbach y Georg Lukács son los grandes nombres aludidos en esta parte del capítulo, en la cual se deslindan, de modo detallado, nociones centrales como “efecto de realidad”, “ilusión referencial”, “realismo” o los pares “narración/descripción” y “realismo/formalismo”. El resto del capítulo, por otra parte, se detiene en el análisis de dos estéticas que refutan los preceptos del realismo: la “literatura de vanguardia” y la “literatura fantástica”.

El cuarto capítulo lleva por título, “¿Cómo se valoran las obras literarias? ¿Por qué las valoramos?” y recoge varios interrogantes que habían sido planteados sobre el final del primer capítulo: no los enfoques inmanentes o esencialistas que buscan definir las “propiedades” o “cualidades” de un objeto de estudio –la literatura, por caso–, sino aquellas “teorías relacionales” que procuran dar cuenta de los procesos sociales de valorización y legitimación de las obras literarias. Un célebre artículo de Jan Mukařovský resulta el puntapié necesario para introducir los conceptos de “norma”, “función” y “valor literario”, así como las hipótesis de Harold Bloom sobre el “canon” son importantes para comprender dos nociones emparentadas: las ideas de “tradición” y de “clásicos”. El capítulo se cierra con un “deslinde” en donde se conceptualizan tres perspectivas diferentes de los estudios sobre literatura: la “teoría literaria”, la “historia literaria” y la “crítica literaria”.

El quinto capítulo se titula “¿Cómo leemos literatura?” y se ocupa de una de las dimensiones más enigmáticas en lo que respecta al hecho literario: la lectura. Desde una perspectiva que la concibe como “práctica cultural”, la primera parte de este capítulo retoma los aportes de la historia cultural y de la historia del libro y la edición para dar cuenta de las transformaciones de los modos de leer. Un segundo momento está dedicado a recorrer distintas

“teorías de la lectura”, un arco que va de la hermenéutica alemana de Hans-Georg Gadamer a la “estética de la recepción” de la Escuela de Constanza, pasando por la conceptualización de Umberto Eco sobre el “lector modelo” y por abordajes recientes centrados en la dimensión corporal del acto de leer. Cierra este capítulo un apartado dedicado no ya a la lectura en tanto problema teórico, sino a las representaciones de “escenas de lectura” y de “figuras de lectores” que aparecen en los propios textos literarios.

Bajo el título “¿Cómo se integra la literatura (y los escritores) en la vida social?”, el sexto capítulo se pregunta sobre el rol de los escritores, sobre sus procesos de profesionalización, sus dilemas frente al dinero y el mercado, así como sobre el modo en que se relacionan con las instituciones y entre ellos mismos. Si la historia cultural de Raymond Williams ofrece una puerta de entrada para pensar el devenir histórico de las relaciones entre artistas e “instituciones” –mediante el análisis de figuras como las del “artista institucionalizado”, “mecenazgo”, “patronazgo” y “patrocinio”– y para analizar el tipo de “formaciones” en torno a las cuales se nuclean los escritores, la sociología cultural de Pierre Bourdieu permite introducir nociones también centrales para los estudios literarios, aunque no por eso menos discutidas, como son los conceptos de “campo” (intelectual, artístico, literario), “capital” (simbólico, económico) o “mediaciones”, entre otros.

El séptimo y último capítulo del libro lleva por título “¿Cómo se relaciona la literatura con los conflictos culturales?” y tiene por objetivo analizar el lugar que ocupa la literatura en los llamados “estudios culturales”, por un lado, y el modo en que los estudios literarios fueron ampliando su objeto de estudio hacia la cultura en un sentido más general. Esto lleva a revisar, en primer lugar, las discusiones en torno al concepto de “cultura” y más adelante, a reseñar lo que los autores llaman “ejes” (temporal, espacial, social, genérico) y que aluden al modo en que la literatura se relaciona con los conflictos de la vida social, ya sea que estén ligados a disputas generacionales, a conflictos entre culturales “dominantes” y “subalternas”,

entre lo “alto” y “bajo”, o bien que remita a una desigualdad histórica en términos de sexo-genéricos. A modo de cierre, el capítulo ofrece dos estudios de casos que permiten reflexionar sobre la relación entre literatura y “colonialismo”.

Para finalizar, debe decirse que *¿A qué llamamos literatura?* es un libro notable por varias razones: en primer lugar, por la decisión de haber organizado el libro no en torno a autores, obras o conceptos específicos, sino en torno a preguntas que refieren a problemas teóricos, críticos y metodológicos. En segundo lugar –y aunque suene paradójico– porque el libro nunca pierde de vista la literatura; de allí que los numerosos “estudios de caso” no sean meras ilustraciones o aplicaciones de una teoría, cualquiera sea, sino un diálogo crítico con los textos. Y en tercer y último lugar, porque la autoría colectiva del volumen –en él intervienen también Malena Botto, Virginia Bonatto y Valeria Sager, profesoras, investigadoras y compañeras de cátedra de de Diego– no conspira en nada contra el estilo de escritura del libro que, como ya se ha dicho, ofrece una lectura ágil y amena, aunque no por eso menos profunda.

“Enseñar literatura –decía un recordado profesor– más que transmitir un saber es contagiar una pasión” (13), afirmaba José Luis de Diego en el “Prólogo” del libro. En efecto, buena parte del encanto que produce la lectura de *¿A qué llamamos literatura? Todas las preguntas y algunas respuestas* se debe a que logra cumplir con creces el objetivo que se propuso: interesar a sus lectores en aquello que se propone divulgar; como sucede, podríamos decir, en las clases de los buenos profesores.